

CONALI INFORMA

CANTO LITÚRGICO

“La Palabra se hizo carne” escribe Juan en su evangelio (Jn 1,14)... Y en el canto conocido “Yo creo en Dios que canta”, se dice que Jesús, “canto de Dios Padre” “nos canta su amor en el Evangelio”. En la encarnación de la Palabra, el canto es en realidad una de las expresiones más importantes que una persona pueda usar para a la vez dirigirse a su creador y sintonizar con sus semejantes. En la liturgia de una manera particular, el canto es una de las manifestaciones más poderosas de la fe, y sin duda la que más involucra a los grupos de cristianos reunidos para alabar al Señor y pedirle su gracia, como lo sería en una liturgia inculturada de otra manera en África o entre los afroamerindios el baile.

No es de extrañarse, en este contexto, que los textos de la Biblia y los del Magisterio hagan hincapié en la importancia de este medio de expresión. No se trata aquí de presentar una reseña de todos los textos del Antiguo y Nuevo Testamento que aluden al canto. Tampoco los así llamados “Padres de la Iglesia” del Oriente y del Occidente huyeron de un tema de gran

importancia antropológica. Citar sus aportes desborda también el marco de esta contribución, pero la invitación es seguir disfrutando esos textos y aprovechando su enseñanza.

Desde una época poco anterior al concilio Vaticano II, de una manera que ese concilio respalda todavía tímidamente pero con acentos significativos de un cambio de época, se trata de asociar más el canto litúrgico a la expresión genuina de cada pueblo. Sin disminuir la importancia del canto gregoriano, que se impuso, de a poco, hasta volverse exclusivo desde la edad media como patrimonio común en latín para los fieles católicos, se dio mayor espacio a los distintos idiomas en los que se expresa la gente; músicos y poetas de cada región fueron invitados a crear nuevos textos y nuevas melodías, con los aciertos y fracasos normales en esta búsqueda. Lejos de querer volver al pasado por no haber encontrado en el repertorio actual todo lo que sería deseable, nos deberíamos encontrar en un momento de mayores opciones de cantos siempre más adecuados para cada momento de las celebraciones.

Otra contribución de **CONALI Informa** (octubre del 2008) tuvo por título “los cantos en la misa”. Este nuevo aporte pretende insistir primero en los Salmos y – sin excluir alusiones a la celebración eucarística, mayor expresión de la fe de los católicos en todo el mundo - llamar la atención sobre algunos puntos prácticos, tal vez un tanto descuidados, incluyendo la reflexión global pero sin aludir a sus aspectos particulares, el rol del canto en la celebración de los sacramentos y la liturgia de las Horas.

1. Los Salmos

Se ha escrito que los Salmos son “el método de oración más completo que existe. Exploran todas las formas de plegaria, definen las actitudes del ser humano que busca a Dios...” y tienen un lugar privilegiado cuando se evoca el canto en la liturgia.

Muy cercanos a la manera de orar de Jesús, ellos son “la voz de Cristo que canta, que gime, que se alegra esperanzado o suspira ante la realidad” dice san Agustín. Son además, de una cierta manera, “un retrato de Jesús” y los evangelistas, que pusieron varios salmos en la boca de Jesús, mostraron cómo en él se realizaron los anuncios proféticos.

Jesús alude a los salmos al decir a los discípulos de Emaús que “era preciso que se cumpliera todo lo que estaba escrito en la ley de Moisés, los profetas y los salmos acerca de Él” (Lc 24,44).

Pablo recalca en sus cartas que los salmos son parte integrante

de la oración en las comunidades cristianas. Mientras en la tradición oriental era normal que fueran cantados, en Occidente, según el testimonio de san Agustín (Confesiones 9,7,15) es san Ambrosio que, para ayudar al pueblo “a no consumirse del tedio de la tristeza”, inauguró en Milán la costumbre de cantarlos.

Al proponer la oración de los salmos, la Iglesia es consciente que pertenecen a una cultura diferente de la nuestra. Las alusiones a hechos de la historia judía no siempre son evidentes para el cristiano de hoy; pertenecen a un género literario poético que no todos manejan cotidianamente. Sin embargo, sobre todo si son cantados, logran sin duda crear un ambiente que definió bien san Agustín al escribir en la obra ya citada (9,6,14): “Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellos.”

Para entrar por la puerta de los Salmos dichos “responsoriales” en el aspecto práctico, aludiendo a la práctica su interpretación en la misa, es de lamentar de que el aspecto “responsorial” del Salmo que sigue a la primera lectura sea a menudo poco puesto de relieve. Debería permitir a la asamblea que escuchó la primera lectura “responder” con otra Palabra de Dios a la Palabra leída anteriormente, repitiendo la antifona adecuada. El hecho de adaptar un estribillo al Salmo no es menor. A menudo, el coro elige un estribillo “bonito” o que ya conoce de antemano sin preocuparse de que el

Salmo sea esa respuesta de todo el pueblo a la primera lectura. Los estribillos propuestos por la liturgia orientan en este sentido y dejarles de lado para una mayor facilidad no es la mejor solución. Los de tipo “contemplativo” en el estilo de Taizé son raramente los mejores y por su repetición (dos veces al principio, dos veces al final) pueden incluso opacar lo que se quiere privilegiar en vez de poner el énfasis en el Salmo mismo, lo que empobrece el mensaje y la posibilidad de su meditación por parte de todos. A menudo existe una melodía simple adaptable al estribillo propuesto y que la asamblea memoriza con facilidad: sería deseable usarla... e incluso crearla y enseñarla al principio de la celebración.

2. La importancia de respetar lo que quisieron los autores del texto y de la música.

Llama la atención la “creatividad” de algunos grupos al adaptar un canto en una interpretación que a veces tiene poco que ver con la música escrita sino que se reclama de la interpretación de algún cantante “inspirado” o del mismo autor cuando él mismo cede a la tentación de la improvisación, o por personas que pueden tomar mucha libertad con la partitura ya que se trata de una interpretación solista. De manera tal vez inconsciente, algunas personas o algunos grupos parecen querer reservarse la totalidad de la expresión por este medio, incluso cuando están en una celebración colectiva, privando así al pueblo de la posibilidad de usar su legítimo derecho a participar de la ejecución del canto. Es como si, durante las

mismas celebraciones litúrgicas, asistiéramos a una de esas “cantatas” que se multiplicaron desde unos años, y no rindiendo culto al Señor con la capacidad que cada uno tiene pero haciendo oración y no escuchando pasivamente a un grupo selecto.

¿Por qué atenerse de una manera estricta a lo que quiso el autor? Una primera razón de tipo práctico sería que, de manera más masiva que antes, los católicos pasan de una iglesia a otra, de un país a otro y, si quieren hacer uso de su derecho a cantar, se encuentran a veces desafortunadamente con interpretaciones tan alejadas del original que prefieren abstenerse... para volverse simples oyentes de interpretaciones de todo tipo. Otra razón es el elemental respeto por la intención del que escribió el canto, sin duda con mucho cuidado.

3. Puntos varios para una mejor integración de todos los participantes de nuestras celebraciones.

- a) Criterios de elección de los cantos.

Lo ya escrito a propósito del estribillo de los Salmos se puede aplicar a todos los cantos. Antes de seleccionar lo que me viene a la mente cuando leo el primer versículo de un Salmo, usando por ejemplo como estribillo “Alabe todo el mundo, alabe al Señor” porque en ese primer versículo se usa el término “alabar”, si me toca elegir me tengo que preguntar: ¿Será la alabanza el tema principal de la lectura anterior u otro tema predomina que voy a tratar de elegir para que toda la asamblea

pueda interiorizar lo esencial de la primera lectura?.

¿De qué sirve un canto de entrada? Posiblemente el objetivo principal de la elección sea en este caso “reunir” a la asamblea y por consiguiente ofrecerle participar lo más masivamente que sea posible de la ejecución. Un canto intimista como “Soy un grano de arena que alaba a Dios... Es hermoso vivir alabando el creador” ejecutado a veces tan rápidamente por los integrantes de un coro que no permite ni siquiera a la mayoría de adultos seguir la letra – si es que se les ha indicado la página en la que puede encontrarlo en el cancionero parroquial- no responde a ese objetivo elemental. Lo dicho para el canto de entrada se puede fácilmente transponer a los otros momentos de la celebración. De manera general, un canto en “yo” traduce el estado de ánimo de su autor en el momento de su vida en que lo escribe e interpreta... No es en la mayoría de los casos el más adaptado a lo que se requiere en todos los momentos de una celebración donde más bien se precisa el “nosotros”, precisándose una cierta heterogeneidad de sentimientos.

b) Sería además deseable una mayor variedad en la interpretación de los cantos. Es usual que toda la asamblea repita dos veces el mismo texto con la misma melodía. ¿Por qué no respetar la costumbre que haría que alternen un solista, el coro y toda la asamblea, lo que introduciría una mayor profundización, permitiendo además en el caso de cantos nuevos recordar el texto y la música a asambleas que lógicamente no tienen

el mismo tiempo de aprendizaje que los coros. El hecho de que todos canten todo crea rápidamente fastidio. Recuperar esta costumbre exige sin duda una cierta disciplina pero, si se explica, se puede entender.

c) El último alcance concierne el papel de un grupo reducido de cantores que se conciba a sí mismo como “servidor” de una asamblea. Es bueno darle libertad de acción a un coro que debe poder gozar de ese servicio sin que se le imponga reglas indebidas. Pero, ¿cómo no ver que un coro litúrgico debe actuar en estrecha colaboración con otros responsables de la belleza de la liturgia? Felizmente me parece que siempre más se concibe así en teoría, pero queda todavía mucho por hacer para que no se llegue a la improvisación. Una mínima profundización de las lecturas, del sentido del tiempo litúrgico, no debería sobrepasar las capacidades de los integrantes de un grupo fundamental para una realización satisfactoria de la celebración litúrgica. Corresponde también al coro discernir si es preciso introducir un canto nuevo después de que se le haya dado a la asamblea la posibilidad de gustarlo, integrándolo de a poco a su repertorio...

Conclusión: De repente se escucha que, al criticar algunas celebraciones, sería mejor “volver atrás”, a un pasado considerado como mejor en cuanto a la belleza del canto como en otros ámbitos de la vida litúrgica. Sin embargo, no se puede negar el aporte global de los cantos usados masivamente sobre todo en los 50 últimos años en cuanto a una mayor

participación de los fieles católicos en las asambleas. Seguir seleccionando los cantos que mejor se ajustan a la realidad de esas asambleas y velar por una interpretación la más adecuada posible, en particular en la celebración más característica de nuestro culto católico que es la misa dominical, es sin duda uno de los servicios más urgentes que, en un determinado país, podrían prestar una Comisión Nacional y las instancias diocesanas a las asambleas, destinatarias de este esfuerzo.

Hna. Marie Noelle Christien
Santiago, Septiembre 2013